

grandes estadistas del siglo XIX. Gobierna á Méjico como Méjico debe ser gobernado.”

Si esta última frase repetida tantas veces por grandes sociólogos y profundos pensadores, de aquellos que no se conforman con afirmar, sino que demuestran y prueban las verdades que proclaman, en hora buena que el señor Bunge la estampara, pero como once líneas después, llama á Juárez *el buen mestizo*, le negamos el derecho de juzgarnos, y le creemos inhábil para abrazar en elevada síntesis los múltiples aspectos que ofrecen la vida y la obra del General Díaz, que no es ni tráfuga del partido liberal, ni cacique, ni gobernante por el terror, ni farsante de la democracia. Y lo decimos muy alto: en la gloria personalísima del General Díaz está reflejada la gloria de los mexicanos todos. Porque ni la energía incomparable, ni la firmeza para llevar á término sus planes y desarrollar su política, ni el haber puesto fin á las disenciones de la gran familia liberal, ni el haber, llegado el momento oportuno, hecho observar en su verdadero espíritu liberal, las leyes expedidas en momentos de lucha y de pasión, ni el haber colocado en tan elevado sitio el nombre de la patria, ni las múltiples manifestaciones del progreso al amparo de la paz, nada, decimos, está desprendido, desligado del pueblo mexicano. Sin su adhesión sin

límites, el General Díaz, grande estadista, como es, no habría realizado su obra. Ha ido al frente de los destinos de México, porque se había de antemano hecho digno del respeto, de la estimación, de la gratitud del pueblo mexicano, que á pesar de ser *el más indígena* de los del Nuevo Mundo, como dice el señor Bunge, y en esto no se equivoca, no es el que más apremiantemente necesita *européizarse*, pues no es una horda, sino una nación. El General Díaz, pues, es un gran ciudadano, y lo es no porque sus conciudadanos sean míseros y degradados ilotas. Si los mexicanos fueran lo que sin razón ni motivo supone el señor Bunge, el General Díaz sería simplemente el tuerto, nacido en la tierra de los ciegos, y bien mezquina sería entonces su gloria.

XV.

Como para el señor Bunge nada significa, á lo que parece, el contradecirse, y tan pronto fustiga como enaltece á aquél de quien se sirve para elaborar grandes frases, hé aquí que en la página 229 escribe:

“¡Merece el respeto de la Historia! Los yanquis le han honrado en todas formas porque era un vecino cómodo. Preguntad empero á un yan-

qui qué le parecería ese hombre si fuese su compatriota, para Presidente de los Estados Unidos, y os mirará asombrado de que pueda hacerse suposición tan absurda, rascándose las orejas, como si le propusierais cambiar á Mackinley por Menelick. . . . Tiene razón: Norte América es una nación europea.”

Por grande, por inmensa que sea la admiración del señor Bunge por Norte América, no ha revelado al fraguar la *suposición* que acabamos de citar, el menor acierto. Porque aparte de que al hombre que merece el respeto de la Historia —según lo confiesa el mismo señor Bunge,— no se le puede considerar indigno de gobernar á un granpueblo, “esas mismas dotes de gran estadista que le reconoce á nuestro Presidente, harían, seguramente, á éste, aplicar diverso sistema de gobierno en cada caso conforme con las diversas circunstancias y necesidades que se ofreciesen en cada uno de esos países, y que bien podía ser un Washington ó un Lincoln en los Estados Unidos quien fué un Porfirio Díaz en México”, según la justiciera apreciación del *Tiempo* en el artículo que dedicó á refutar al señor Bunge. Y observe este publicista que las palabras que acabamos de citar, pertenecen á un diario que no tiene la menor liga con el General Díaz; de quien si es verdad nada tiene que temer, tampoco tie-

ne nada que esperar. Por último, si el actual Presidente de México merece el respeto de la Historia, no comprendemos por qué no merezca el del señor Bunge.

XVI.

Cansóse al fin el señor Bunge. El ditirambo de Tolstoi, que no sólo cita, sino que en parte reproduce, parece que calmó sus ardorosos ímpetus, y se detuvo y encontró palabras menos ásperas, menos rudas, para sellar su obra. “La gloria del estadista (nótese que ya no llama cacique al Jefe de nuestra República), es haber arrojado su sombra sobre un suelo fecundo y regado de sangre. “Poca política y mucha administración” este ha sido su lema. Lema de hierro cuando lo emite un déspota que por mantenerse en el poder, por la pasividad del pueblo (otra vez la pasividad), no necesita hacer política! En otros caciques, en pueblos menos resignados, más europeos, tal lema hubiera sido, por la fuerza de la oposición, una nueva farsa de los czares.... Pero sobre todas las condiciones de Díaz, hay un hecho, un solo hecho, que bastaría para atraerle el respeto de todos los que saben leer en el corazón de los hombres.

...Y este hecho indiscutible, categórico, imperdecero es, que habiendo subido á la cúspide más elevada, ha contemplado desde allí, largamente, el mundo extendido á su pies; y no ha sufrido el vértigo de las alturas, que hace rodar á los tiranos ante la historia inexorable, hasta el lodo de donde surgieron! Por haber resistido al Tentador, en las soledades de tan eminente cumbre, debe tener el corazón de un héroe.”

Con efecto; nada prueba tan elocuentemente la grandeza de alma del General Díaz, su superioridad, como no haberse envanecido de sus triunfos como caudillo de la Libertad, y del universal aplauso con que su obra de estadista ha sido recibida. Y sabe el señor Bunge por qué ha vencido el General Díaz al Tentador? ¿Sabe por qué no ha abusado de su poder omnímodo, aceptado por sus conciudadanos todos? Pues por esta verdad, bien sencilla: porque no nació cacique, sino estadista ó héroe; porque con admirable buen sentido conoció á su pueblo y no le tiranizó, sino que se dedicó á realizar todas las aspiraciones legítimas.

X Y no necesitaba, en verdad, el señor Bunge, incurrir en el último de sus errores al decir que subió de lo más bajo á lo más alto el General Díaz. Lo más bajo es la escoria de las sociedades, y no surgió de la escoria el caudillo repu-

blicano. Humilde, modesta fué su cuna, es cierto, pero limpia, honrada. Su vocación á la abogacía le habría llevado á altos destinos; pero eran muy pobres sus padres y quien pudo entre los miembros de su familia ayudarle, —el Obispo de Oaxaca, su tío,—retiróle su protección porque á toda costa quería hacer de él un hombre de iglesia, un sacerdote, y á ello no accedió el joven estudiante.

XVII.

Dos palabras para terminar:

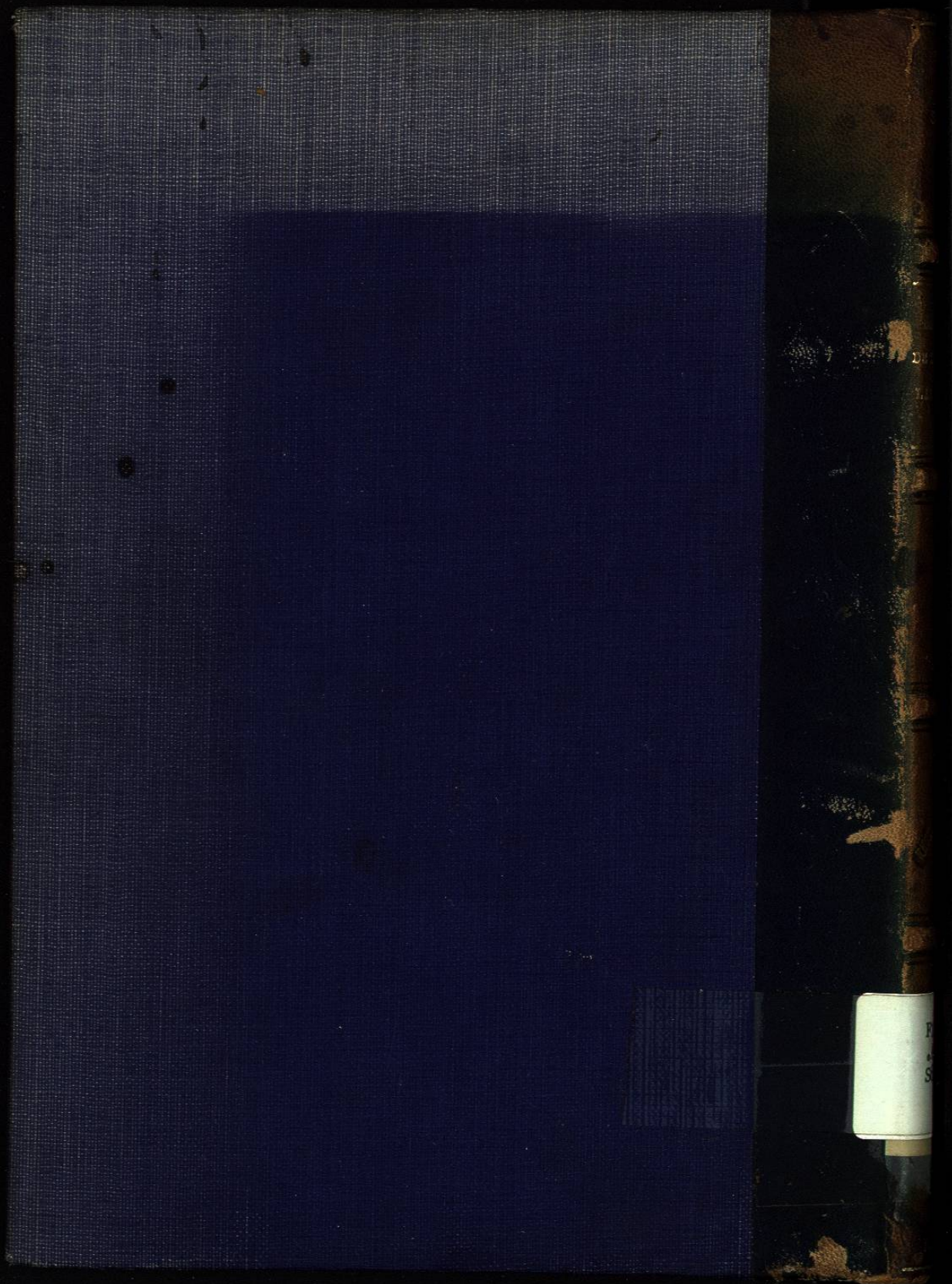
Obedecen las rectificaciones que preceden, no á la vanidosa pretensión de presentarnos ante los que hubiesen leído el libro del señor Bunge, como atletas esforzados, dignos de contender con él, sino al legítimo deseo de no dejar que pasasen sin contradicción los errores que, respecto á nuestra patria y á su Jefe Supremo, encontramos en el libro *Nuestra América* y que, por causas que ignoramos, vió con indiferencia la prensa nacional.

Motivos que no son del caso referir, y que citados en este lugar parecerían encaminados á prevenir los justos cargos que pudieran dirigírsenos en virtud de las deficiencias de nuestro estudio, nos han obligado á no explanar nuestras

ideas como en otras circunstancias habríamos procurado hacerlo. Débil es, pues, nuestra defensa, comparada con la rudeza de las acusaciones que la motivaron; pálida y fría junto á las brillantes y ardorosas frases del incisivo escritor sud-americano; más con esto y todo, tenemos la conciencia de haber cumplido con nuestro deber.

Coyoacán, Diciembre 3 de 1903.

Francisco Sosa.



F
S